



EL VENADO DE ORO.

(CRÓNICA COLONIAL.)

ALLA por los años de 1698 á 1700 llegó á Santafé un jóven de unos veinticinco años de edad, elevada estatura, barba y cabellos rubios, modales finos, airoso porte, y calavera hasta decir no más.

Vino al Nuevo Reino á beneficiar las minas de esmeraldas de Somondoco halagado con las noticias que de un pariente, ya avecindado allí, recibiera. No fué mucho el tiempo que estuvo cavando las entrañas de la tierra en busca de la codiciada piedra; su carácter aventurero necesitaba de otro campo y el medio en que se halló no satisfacía á su modo de ser; á pesar de haber hecho alguna fortuna en el poco tiempo que permaneció en las minas, aburrido, resolvió trasladarse á Santafé en busca de aventuras y lances de amor en los cuales ya era diestro.

Oriundo de Portugal y de distinguido linaje, D. Diego Barreto, al poco tiempo de su llegada, estuvo relacionado con la flor y nata de las familias de Santafé. Se rodeó de amigos los más acomodados á su carácter, los cuales, con el portugués por capitán, formaban una cuadrilla de jugadores, bebedores y enamorados y por ende espadachines y pendenieros.

Apénas contaba D. Diego un mes de permanencia en Santafé y ya corrían de boca en boca sus truhanadas y aventuras.

Las doncellas, llenas de curiosidad, se daban sus trazas para conocerle; los maridos evitaban relaciones con él y los padres de familia cerraban con doble armella las rejas y puertas de sus casas, y hasta una que otra vieja hacía novenas por que el truhan abandonara ligero la tranquila y piadosa ciudad.

Vivía á la sazón en Santafé D. Pedro Domínguez Lugo, acaudalado comerciante, quien hacía algunos años había dejado la madre patria en unión de su esposa y su única hija, para venir á Indias en busca de mayor fortuna, la que ya había conseguido, pero á costa de la desgracia de perder á su esposa en la larga y penosa travesía; así pues, D. Pedro, viudo, vivía en compañía de su hija á quien idolatraba, y no le faltaba razón, pues nadie le igualaba en belleza ni había quien le fuera en zaga en modestia.

Contaba Doña Inés diez y ocho abriles y ya había tenido un cúmulo de pretendientes; cuáles seducidos por su belleza y virtudes, cuáles por su caudal, y cuáles por ámbas causas, habían solicitado de D. Pedro la mano de su bella hija; pero éste, de acuerdo con ella, los había rechazado á todos; él por la pena de separarse de la que era el todo en su hogar, y ella, sin haber sentido aún el fuego del amor, la verdadera pasión, se sometía gustosa á la opinión de su padre.

A oídos de D. Diego habían llegado las ponderaciones de la belleza y virtudes de Doña Inés; quiso conocerla, y formó el plan de agregar una más á la ya larga lista de sus conquistas amorosas.

Una tarde pasaba por frente á la casa de D. Diego, hallándose su hija en el balcón; contempló por largo rato su hermosura, y no dudó entónces de que hubiera exageraciones en lo que de ella le habían contado. Doña Inés, por su parte, advirtió la presencia del jóven; su mirada se encontró con la de él, sus mejillas tomaron tintes de grana, ruborizada bajó los ojos y quedó prendada de la gallardía del jóven.

Comprendió D. Diego que la primera chispa había prendido ya la llama de un nuevo amor, y satisfecho resolvió seguir adelante. Todas las tardes se veían y cada vez Doña Inés se mostraba más enamorada.

Como suele suceder, la vigilancia de D. Pedro quedó burlada, pues la dueña tomó parte activa haciéndose cargo de llevar y traer una correspondencia amorosa que el mismo Cupido no la hubiera escrito mejor; al cabo de poco tiempo ésta terminó, cediendo su lugar á las citas nocturnas en la reja baja de la casa.

En éstas y las otras, todo llegó al conocimiento del padre de Doña Inés, y la más grande aflicción hizo presa en su ánimo, pues como hombre de experiencia que era, sabía muy bien lo que pueden las frases de amor, y más las de un aventurero, en un corazón puro y que no había amado nunca, como era el de su hija. Estaba convencido que ella correspondía al amor que le manifestaba D. Diego, y además, creía bien difícil la empresa de hacerla desistir de su capricho; no obstante, una noche la llamó y con harta gravedad unida á la ternura paternal, le habló de la siguiente manera:

—Hija, lo sé todo, amáis á D. Diego, no quiero que se manche tu pureza oyendo rela-

tar lo que de él se cuenta; únicamente te digo que él no te ama, hombre como es de costumbres licenciosas, sabe fingir el más entrañable y santo amor para conseguir otros fines.

—No cuadra á tu honestidad y demás virtudes con que el cielo te ha dotado, el hacer caso á las vanas manifestaciones y palabras de un falsario. Por el amor que te profeso te ruego presteis oído á mis palabras: juro por la memoria de tu santa madre, que prefiero más bien verte muerta, que en los brazos del fementido D. Diego.

Poco ó ningun eco tuvieron las palabras del afligido padre; las cosas continuaron en el mismo estado; únicamente Doña Inés, de alegre y comunicativa que era, se tornó grave y silenciosa, empezó á enflaquecer y en sus mejillas ya no se notaba el carmin de otros días; en su semblante se dejaba ver el sufrimiento causado por contrariar á su padre, y la lucha que se producía entre el amor filial y el amor que en su corazón había nacido hacia D. Diego.

A pesar de las exhortaciones paternas, unidas á las de su confesor, Doña Inés no renunció á su amor, y así, desesperado D. Pedro y no pudiendo lograr nada con sus tiernos consejos, resolvió entónces apelar á otros medios para con el amante de su hija.

Una noche salió de casa, armado de su espada, y con gran cautela se apostó en uno de los zaguanes vecinos. Serían las diez cuando vió pasar á D. Diego, embozado en su capa, el sombrero echado á un lado y al cinto la espada; pocos momentos despues se paraba frente á la reja de su casa. Ciego de coraje D. Pedro, desenvainó su acero y se lanzó contra el audaz seductor; se cruzaron los aceros, y rechinaron produciendo chispas que brillaban en la oscuridad de la noche; la tenue luz de una lamparilla que ardía á lo léjos al pie de un toseo retablo con la imágen de San José, no era suficiente á alumbrar aquella escena. D. Pedro atacaba con furia; tres veces se tiró á fondo y tres veces chocó su acero con la hoja de su adversario; sus fuertes y atinados golpes eran hábilmente parados; la lucha se prolongaba; furioso ya, D. Diego tomó la ofensiva y se tiró á fondo, ¡muerto soy! clamó D. Pedro y cayó empapado en sangre.

Al mismo tiempo, de la reja salió un agudo grito de mujer y se oyó el ruido de un cuerpo que se desplomaba al suelo.

D. Diego envainó su acero y emprendió la fuga.

La ronda, que pasaba no léjos, acudió apresurada al oír los gritos; encontraron á D. Pedro bañado en un mar de sangre y casi sin dar signos de vida; lo condujeron á su casa y allí el médico se vió en presencia no de uno, sino de dos enfermos de urgencia: D. Pedro, cuya herida de gravedad reclamaba pronta cura, y Doña Inés, quien presenciando desde la reja el encuentro cayó desmayada cuando vió herido á su padre.

D. Diego huyó precipitadamente en la firme creencia de haber muerto á su adversario; cruzó dos ó tres calles hasta encontrar con el río de San Francisco y luego tomó la márgen de éste con direccion al Boqueron.

La noche oscura como boca de lobo, no se prestaba para andar por aquellos lugares; uno que otro relámpago, precursor de horrible tempestad que se preparaba, iluminaba el áspero camino del fugitivo. El rumor del trueno era cada vez más cercano; empezaron á caer gruesos goterones, y luego se desencadenó un torrencial aguacero.

A pesar de los obstáculos que encontraba, D. Diego no aflojaba el paso. El río empezó á crecer, y el agua, golpeando contra las piedras reciamente producía un ruido espantoso; la fuerza de la creciente hacía que las aguas arrastraran consigo lo que se oponía á su paso; á cada momento los relámpagos alumbraban los derrumbes en las riberas, y el río salió de madre; las aguas se abrían cauce por entre las abruptas peñas; todo se oponía á que D. Diego continuara su marcha; era imposible seguir; calado hasta los huesos resolvió buscar abrigo entre las rocas que lo favoreciera del agua que caía del cielo y más aún de la amenazadora del río.

Agarrándose de los arbustos é introduciendo pies y manos en las grietas de la peña, pudo colocarse en un lugar bastante alto del nivel del río, y allí encontró una especie de cueva ó gruta donde poder favorecerse del agua.

Calmó la tempestad, la lluvia cesó por completo y el estallido del trueno apenas se dejaba oír como un rumor lejano; únicamente se escuchaba el continuado golpear de las aguas en el río.

Rendido de cansancio y maltratado en gran manera á causa de los traspies y golpes que había sufrido, D. Diego resolvió pasar la noche en aquel sitio y emprender de nuevo la marcha al apuntar la aurora.

Allí estuvo pensando qué haría y qué direccion habría de tomar para escapar de la justicia; al fin concibió el plan de dirigirse á uno de los pueblos situados al Oriente de Santafé, y variando de nombre y de vestido poder permanecer hasta que las circunstancias le permitieran volver á la capital. En estos pensamientos y planes estaba cuando advirtió que ya amanecía; una tenue claridad se dibujaba en la cumbre del abrupto monte, y empezaron á dejarse ver bellísimos arbores; infinidad de pajarillos saltando en las ramas del bosque, preludiaban cantos al nuevo día.

Se preparaba ya D. Diego á partir, cuando notó la falta de su espada; entró de nuevo á la gruta en su busca, y vió en el fondo algo que brillaba; avanzó unos cuantos pasos y se encontró con una pesada masa de metal; pasada la ofuscación que la oscuridad causa en los primeros momentos despues de contemplar la luz, paulatinamente sus ojos vieron más en la semi-oscuridad de la gruta á donde no entraba más claridad sino la de tenues rayos que se filtraban al través del tupido matorral; entónces pudo contemplar un venado de tamaño natural, toscamente fabricado en oro macizo; D. Diego no daba crédito á lo que sus ojos veían; por un momento se creyó víctima de un sueño y que todo lo que le había sucedido desde la noche anterior no era más sino una ardiente pesadilla; pronto, sin embargo tornó á la realidad, y se convenció de lo cierto y efectivo que era aquello que contemplaba. Entónces vino á su memoria el ha-

ber oído referir que en el sitio de recreo de los Zipas, Teusaquillo, en cuyo lugar se fundó á Santafé, existía un santuario en donde los indios adoraban un enorme venado de oro, y que cuando la invasion de los conquistadores, los indios, por orden del Zipa lo escondieron á toda prisa, sin que hasta entónces se hubiera vuelto á saber de su paradero.

No sabía D. Diego qué hacer en vista del famoso y rico hallazgo; le era imposible regresar á Santafé, y él solo no podía cargar el venado y seguir camino conforme á su plan; notando esta imposibilidad, resolvió apoderarse del oro que pudiera, mutilando el ídolo, y procedió con ayuda de su fuerte espada y de golpes con duros guijarros á romper parte de la cornamenta del venado; hecho esto, guardó entre los bolsillos el oro que allí cupo, salió de la gruta y se dispuso á poner señales precisas para que, cuando volviera, le fuese imposible equivocar el sitio. En primer lugar, tapó con piedras la estrecha entrada de la cueva, arrancó algunas plantas parásitas y líquenes de los que se desarrollan en aquellos sitios, y los colocó en las junturas para que echando raíces simularan la espontánea vegetación de la naturaleza y fuera imposible á otra persona descubrir la gruta que encerraba su tesoro.

Concluido su trabajo, miró hacia la ciudad y tiró la visual en línea recta; su mirada encontró el aldabon de la puerta principal de la iglesia de La Veracruz; con esto ya tenía la señal para orientarse; luego, queriendo dejar aún otra seña más precisa, clavó su espada al frente de la entrada de la gruta.

Con pesar abandonó D. Diego aquel sitio en que dejaba oculta una fortuna, y emprendió su marcha á establecerse por el tiempo que fuera necesario en alguna poblacion donde pudiera vivir sin ser de nadie conocido.

Han pasado cuatro años: D. Pedro, milagrosamente curado de su herida, sigue atendiendo su comercio y aumentando su fortuna. Su hogar, que parecía ántes tan dichoso, ha cambiado por completo; á la alegría que allí reinaba, ha sucedido la tristeza; hoy no se ve sino el semblante airado y sombrío del padre, quien no olvida, y medita la venganza, y el triste ó resignado de la hija, la cual, como siempre, se desvive en cuidados y cariños para con quien le dió el sér.

D. Diego, en la creencia de que ya el tiempo habría borrado el recuerdo de lo sucedido, cansado de la vida que llevaba y ansioso por verse poseedor del oculto tesoro, resolvió regresar á Santafé. A su llegada lo primero que hizo fué inquirir por un su amigo, el de toda confianza y el más íntimo de todos. Al verlo, despues de contarle todas sus aventuras, resolvió confiarle el secreto de la escondida gruta. Todo se lo dijo, no omitió detalle alguno, y puestos de acuerdo resolvieron ir sin tardanza á sacar el venado de oro.

Para mayor seguridad tomaron el mismo camino que D. Diego había seguido la noche que salió huyendo; tenían que pasar por frente á la casa de D. Pedro; allí estaba él, de pie en el ancho zaguan y al momento reconoció á D. Diego; el odio y la venganza graban el recuerdo de una manera asombrosa y no dejan olvidar nunca una fisonomía. Como el tigre á su víctima, así se lanzó el ofendido padre hacia el antiguo enamorado y le clavó agudo puñal en el pecho. En brazos de su amigo rindió D. Diego el último suspiro.

Pocos meses despues, presa del más profundo abatimiento, murió en la prision D. Pedro Domínguez Lugo. Su hija, la hermosa Doña Inés, viéndose sola en el mundo, repartió su cuantiosa fortuna en obras de caridad y tomó el velo de las novicias en el convento de Santa Clara; allí, edificando á sus hermanas con el ejemplo de sus virtudes, vivió hasta edad muy avanzada, y murió en olor de santidad.

Desde aquella remota época se han hecho

varias tentativas en busca del venado de oro, pero todas ellas han sido inútiles; hasta hoy, que sepamos, nadie ha podido dar con la escondida gruta, y el tesoro, ídolo del adoratorio de Teusaquillo aún está encerrado entre las abruptas rocas del Boqueron.

Lector: si sois pobre, es preciso hacer fortuna, y si la tenéis, es necesario aumentarla; las señas son precisas—; á buscar el venado de oro!

DEL NUEVO LIBRO DE "VERSOS"

DE
FEDERICO BALART.

IN EXCELSIS.

Implacables doctores cuya ciencia
preñada de rencor y de codicia,
da á Dios por atributo la malicia
que hierve en vuestra sórdida conciencia,
respetad su tranquila Omnipotencia
libre al par de flaqueza y de sevicia;
¡no exijais la crueldad á su justicia!
¡no taséis el perdón á su clemencia!
Mientras descarga el lóbrego nublado
que al monte atruena y al leon asusta
en su cóncava gruta refugiado,
detrás del velo de la nube adusta,
el cielo azul, sereno y estrellado,
guarda su eterna mansedumbre augusta.

EL PROGRESO.

(FRAGMENTO.)

Y, si sagaz adivinas
lo que el ancho mar encierra
y á los cielos te avecinas,
¡con qué prodigios dominas
el mar, el viento y la tierra!
Los peligros afrontando,
resistencias vas venciendo,
ya las olas dominando,
ya los montes taladrando,
ya los nublados hendiendo.

Hoy el marino navega
seguro de polo á polo;
que, cuando al agna se entrega,
lleva el viento en su bodega
como en sus antros Eolo.
Allí, en caldera bullente,
se fragua la tempestad
que, á su mandato obediente,
voltea la hélice ingente
con rauda velocidad.
Dos aspas, girando aprisa
(terror del sollo y la chopa,) son alas de dócil brisa
que, á sus órdenes sumisa,
hiere siempre al barco en popa.
Por seguro derrotero,
sobre el ondulante charco
va el piróscapo libero:
mientras vela el marinero
no teme choques el barco.
Que, en rutilante guirnalda,
para dar cuenta de sí
lleva un diamante á la espalda,
y á la diestra una esmeralda,
y á la siniestra un rubí.
Ya tranquilo se desliza,
sin miedo á médano ú hoya,
sobre el mar que el viento riza:
ya no hay barco ni valiza
ni fondeadero sin boya;
trás la niebla, en triste acento
la sirena gime al pie
del cantil, y en su lamento
delata al escollo el viento,
que ayer su cómplice fué;
el faro su luz tranquila
derrama en la inmensidad;
ojo insomne que vigila
con encendida pupila
la nocturna obscuridad;
y así cuando el firmamento

sus astros al mundo niega,
puede el navegante atento
saber á cada momento
por qué regiones navega;
que, en varias combinaciones
de luces y de cristales,
sobre la costa dispones
brillantes constelaciones
de estrellas artificiales.

Pero, en tu ardiente heroísmo,
sin temores ni recelos,
quieres vencer por tí mismo
á los monstruos del abismo
y á las aves de los cielos:
con audaz intrepidez
penetras en la onda fría
y exploras su lobreguez,
compitiendo con el pez
nacido en la mar bravía;
y, flotante monumento
de tu audacia sin rival
aspirando el firmamento,
se eleva el globo en el viento
más que el águila caudal.
Si hoy su inmensa mole vana
cede á la racha enemiga
que juega con él liviana,
los cuatro vientos mañana
serán su dócil cuadriga.

La peña horadas cual barro
para trasponer el cerro,
y con esfuerzo bizarro
unces la nube á tu carro
sobre dos barras de hierro.
Sin absurdos exorcismos
transformas los horizontes,
y sin graves cataclismos
vas colmando los abismos
y perforando los montes.
Tú los macizos ahuecas
de sus entrañas profundas.
Las cumbres en llanos truecas,
los anchos lagos desecas
y los desiertos inundas.
Más que las manos de Alcides
son poderosas tus manos:
los mundos pesas y mides,
los continentes divides
y juntas los Océanos.

Aunque se oculte á tu vista,
á tu mandato severo
no hay fuerza que se resista:
la luz es tu retratista,
y el rayo tu mensajero.
Por férreos hilos tendidos
corre de aquí para allí;
en puntos por tí elegidos,
con cifras y con sonidos
escribe y habla por tí;
y, sin que logren cortar
su curso el agua y el viento,
que no lo sienten pasar,
une á las olas del mar
las olas del pensamiento.
Ya, por un cable entiesado,
veloz el globo circunda,
ya, en un alambre encorvado,
rendido y aprisionado,
los aires en luz inunda;
y en las noches consagradas
al estudio ó al solaz,
con ámbas alas cortadas
ilumina tus veladas
el relámpago fugaz.

Por tí á la palabra esquivada
del ignorante ó del sábio
no hay ya distancia excesiva:
por un hilo corre viva
cual vibra al salir del labio.
Por tí halagan el oído
voces ausentes ó muertas;
que, en un cilindro esculpido,
guardas el eco dormido
y de un soplo lo despiertas.
Miserable acento mortal:
con tus dulces inflexiones,

ó tu iracundia brutal:
te gozarán perennal
futuras generaciones.
Gracias al rayo veloz
que en tu mano centellea;
hombre incansable y precoz,
eterna es desde hoy la voz,
como es eterna la idea.

Tanto los ímpetus crecen
de tu génio singular,
que, aunque indómitos parecen,
tus caprichos obedecen
la tierra, el viento y el mar.
¡Hombre! ¡tu inmensa potencia,
que ayer era vaticinio,
ya es innegable evidencia,
¡Tu augusto cetro es la ciencia,
y el planeta tu dominio!
¡Merced á la luz subida
que en torno de tí derramas
como lluvia bendecida,
hoy el árbol de la vida
cubre el mundo con sus ramas!

FEDERICO BALART.

CUATRO BESOS.

I

EL BESO DEL ANGEL

ESTA en el templo; resuenan por las altas bóvedas los acordes místicos del órgano; elévanse entre las nubes de incienso sagrado las plegarias de los fieles, y ella como un ángel que bubiara bajado á enseñar á orar á los hombres, levanta los ojos al cielo húmedos con lágrimas de inefable placer; inclina la cabeza sobre el libro que tiene en la mano, y entrecerrando los párpados, besa la imagen de la Virgen colocada entre las hojas de él.

Largo tiempo permanece inmóvil oprimiendo con sus labios de carmin la imagencita adorada.

En aquel beso aspira todas las delicias celestiales; jamás volverá á dar otro de más perfecto deleite; ese beso no deja en su boca especie alguna de amargo; es el bello ideal de las complacencias del alma, finalidad dulcísima de los goces espirituales.

Cuando llega la hora del sueño y sobre el lecho de la adolescente empiecen á revolotear esos fantasmillas de contornos vagos y colores indefinibles; en el último momento en que se siente la existencia; en el instante en que cierra el alma sus puertas á la vigilia, en sus labios de rosa vendrán á posar como mariposillas sonrosadas, los labios dulcísimos de aquella Virgen que besó en la oración.

Al tiempo mismo, sobre su lecho se extenderán sin hacer ruido alguno las grandes alas del ángel de su guarda, que apartará con manos invisibles los pensamientos tristes que pudieran turbar el sueño de aquel ángel.

¡Por qué no dura una eternidad el beso de la pureza!

II

EL BESO DE LA DESPOSADA.

La luz de la tarde ilumina misteriosamente la estancia.

Delicadísimos aromas embalsaman el ambiente.

Cantos epitalámicos resuenan por los espacios.

■ Parece que no hay rumor tan indiscreto que se atreva á turbar el silencio solemne que reina en aquella sala.

Pero muy luego el roce de la seda, crujiendo sobre el terciopelo de la alfombra, acusa la presencia de una mujer.

¡Es ella!

Es la esposa que entra en la cámara nupcial.

¡Qué hermosa viene!

El azahar simbólico adorna su seno.

En sus rizos de ébano juegan alados amoreillos.

La Castidad y la Modestia cubren con blanco velo su frente.

La Virginidad la conduce acompañada del Pudor que la hace bajar los ojos al suelo.

En su frente se transparentan los más encontrados sentimientos.

A su boca asoma vaga sonrisa de celestial complacencia.

Su actitud deja ver ligero temor á lo desconocido y encantadora timidez la impide acercarse al esposo que la aguarda.

Pero éste llega, toma su mano, pronuncia su nombre y entónces ella levanta los ojos, y con expresión de sobrehumana ternura parece decir: soy tuya. tuya por toda una eternidad.

¿Quién sería capaz de explicar los pensamientos que embargan aquella mente? ¿Y quién los sentimientos que agitan aquel seno de sin igual hermosura?

Todas las ilusiones de la niñez, todos los sueños de la juventud, todos los deseos de la mujer van á realizarse.

Imposible describir la mirada con que ha respondido á su nombre, parece que despertando de un éxtasis, ha vuelto á la realidad de la vida.

La crisálida se ha transformado en mariposa.

El mandato del Creador á los hombres ha tenido cumplimiento.

Los ángeles del Cielo bendicen la santidad de ese beso.

III

EL BESO DE LA MADRE.

Un sol esplendente penetra por el cortinaje de las ventanas.

Todo respira júbilo, paz y felicidad.

Dentro de dorada cuna y sobre blancos almohadones de seda, descansa la cabecita de un hermoso niño rubio y sonrosado.

Ese alegre, vago ruido del hombre y de la naturaleza, entregados al movimiento de la vida; el murmullo de los árboles agitados por galano airecillo, las canciones lejanas de los trabajadores del campo, y los mil rumores que pueblan el aire durante el día, forman conjunto que deleita el alma y la predispone á sentir el goce de la existencia.

Una mujer, con medrosa mano levanta las cortinas de raso azul que cubren la cunita, y contempla sin reparar apénas, con expresión de maternal dulzura, al querubín dormido, cuya cabeza circundada por nimbo luminoso, parece la de uno de los ángeles soñados por Murillo para rodear el trono de alguna de sus maravillosas Concepciones.

Duerme, sí; pero no para ella; á través de los párpados cerrados, ve sus dos grandes papilas que la contemplan con esa expresión que sólo tienen los ojos del niño en la alborada de la vida; lo ve sonriente y como extendiendo sus torpes manecitas, para acariciar el único rostro que conoce en el mundo—el rostro de su madre.

¡Felicidad incomparable!

Goce paradisiaco inunda el corazón de aquella mujer.

No se atreve á despertarlo, pero el niño la ha visto en medio de su sueño: la ha visto como á su ángel custodio y una sonrisa de querubín ha asomado á su linda boquita, y abriendo más y más los ojos ha modulado un sonido, una palabra ininteligible para todos, pero clara, muy clara para la madre que la ha oído radiante de amor y de alegría.

Entónces con la expresión del más supremo placer, con la mirada de la satisfacción más sublime, los labios de la madre se han acercado á besar los sonrosados labios del hijo y en éxtasis de ternura sobrehumana—ternura reservada por el Creador á la mujer como premio á sus dolores maternales—permanece largo tiempo aspirando á través de aquellos labios toda la felicidad que derrama esa caricia en el alma de su hijo.

¡Pobre niño! mañana serás hombre y quizás pagues con ingratitud—horroriza pen

sarlo—ese beso celestial, á que ninguno otro iguala en pureza y desinterés, idilio del amor que te consagró esa mujer desde el momento en que sintió latir tu corazón en sus entrañas; ese beso es la promesa á que nunca falta una madre, de consagrarte el resto de su vida, sacrificando presurosa, si fuera necesario, su existencia á tu felicidad.

IV

EL BESO DE LA MUERTA.

Opaca luz derrama su macilento resplandor sobre el rostro de una mujer que espira.

Las mejillas descarnadas, las órbitas hundidas y la demacración de su rostro, dejan conocer que una enfermedad lenta y traidora ha minado la existencia de aquel sér.

Sentada junto al lecho una adolescente, casi una niña, mira de hito en hito, con mirada de intensísimo dolor y ojos enrojecidos por el llanto, á la mujer que yace en el lecho.

Angustia suprema se pinta en su semblante.

¡Es su hija!

En la fúnebre estancia se oye sólo el estertor, cada vez ménos perceptible, de la moribunda.

Insensible ésta á todo lo que la rodea, tiene sin embargo asida con fuerza la mano de la jóven.

Ligero estremecimiento se ha dejado sentir en la enferma, y aunque permaneciendo despues en perfecta inmovilidad, aprieta con supremo esfuerzo con su descarnada mano la de su hija.

Ha abierto por un instante los ojos vidriados, ha buscado algo, con la mirada que asusta del que ya no ve; ha vuelto á cerrar sus párpados, y parece que espira.

Pero apénas las tintas cadavéricas se han extendido sobre su faz, cuando de repente aquel cadáver se reanima, abre de nuevo desmesuradamente los ojos, y dice con voz apagada:—¡Hija!

Al querer pronunciar esta palabra, casi se incorpora por esfuerzo sobrenatural, echa los brazos al cuello de la niña, trae la cabeza de ésta junto á la suya, aprieta con su boca helada los labios ardientes de aquélla, y cae desplomada para siempre sobre el lecho sin separar sus labios de los labios queridos.

La jóven, casi perdido el conocimiento, se ha dejado arrastrar por la madre y ha permanecido largo tiempo, muy largo tiempo, como exánime sobre el pecho idolatrado de la madre.

Al fin, arrebatada de la desesperación, con voz delirante por el paroxismo del dolor, ha exclamado:

—¡Madre de mi alma! bañando con raudales de lágrimas las pálidas mejillas del rostro querido.

¡Llora, mujer infeliz, llora!

Has perdido el sér que más te quería en el mundo; ni el marido más amante, ni los hijos más cariñosos te querrán con el amor con que te adoraba esa que yace inerte delante de tí.

Has perdido la amiga que te idolatraba, la consejera que resolvía tus dudas, el guía que se afanaba por conducirte por el camino de la virtud; has perdido á quien te llevó tantos meses en su seno, que te alimentó con su carne, que arrulló tus sueños de niña, que pasó á la cabecera de tu cama tantas noches de insomnio, con el alma llena de dolor, cuando la enfermedad amenazaba tu existencia; has perdido el consuelo de tus penas, el ángel de tus esperanzas, el amor más puro, el único desinteresado de la tierra.

¡Has perdido á tu madre!

Llora, pobre huérfana; desde hoy todo te falta, porque te falta ella.

Pero te queda ese beso.

Guárdalo en tus labios y en tu alma.

Conserva en ellos mientras vivas el hielo de esos labios santos, y en tu corazón el recuerdo perdurable de un amor que no volverás á encontrar en el mundo.

POESIAS LIRICAS

DE

JOSE MARIA ROA BARCENA

Miembro correspondiente de la Real Academia Española.

(CONTINÚA.)

EL VALLE DE ORIZABA.

Nieblas y sol.—La ciudad.—Industria y cultura.—Rincon Grande.—Barrio Nuevo.—La aparición.—Despedida.

¡Viniendo á tí desde region lejana,
Ya enamorada el alma peregrina,
Le escondes tu beldad? ¡Así ¡oh sultana!
Te envuelves en la pálida neblina?

Acaricióme en la nativa tierra
Siendo yo niño sin afán ni empeños,
Y para mí, ciudad, valles y sierra
Poblaba de fantasmas y de sueños.

¡Al sol de Abril, que en otros cielos brilla,
Y á quien te viene á ver te has ocultado
Porque pienses acaso, Pluviosilla,
Que igual bien no ha de haber al bien soñado?

Pues mira cómo, huyendo en su cohorte
De nubes hacia el piélago sombrío
Y libre el campo al sol dejando el norte,
Con tu beldad patente me extasío.

De ásperos cerros y de blandas lomas
Al pie tendida en húmida floresta,
Grupos finge de candidas palomas
Cabe la fuente en abrasada siesta.

Cielo azul, fértil suelo, dulce clima
Y alegres manantiales y hondos ríos;
Nieve polar eterna en la alta cima
Y en el llano feraz calor de estíos;

Crece tabaco allí, flor da el café
Y al viento ondea la amarilla caña,
Mientras la sierra eriza rudo abeto,
Mina de mármol de cada montaña.

De la ciudad no léjos, red tupida
Forman pueblos y fábricas y aldeas:
Murmura por doquier fuente escondida,
Humo arrojan las altas chimeneas.

¡Qué rumor ó qué vista más preciados
Qué los que ofrece la colmena humana?
Ved al obrero aquí; de todos lados
Surge y se agita, en progresar se afana.

No en balde al contemplarte el peregrino,
Si de tu sierra al pie la planta posa,
Halla que, coronando tu destino,
Rica y grande has de ser al par que hermosa.

Pero no de tu cielo el brillo sumo
Ni la voz de tus pájaros gimiendo
Empaña de tus máquinas el humo,
Logra callar la industria con su estruendo.

Si del sendero humilde que recorre
La hormiga laboriosa no se aleja,
Cantan las golondrinas en la torre
Y el espacio y el sol busca la abeja.

Si dan vida á tus bosques tibio ambiente,
Nieblas y sol y arroyo fugitivo,
En su cariño á tí, Dios á tu gente
Dió noble corazón é ingenio vivo.

Dióle el valor con que la altura invades
A que á llegar aspira ánimo recto,
Y en el pecho encendió de tus beldades
Piedad sincera, inextinguible afecto.

¡Qué extraño si en jardines y alamedas
De belleza y amor eterno idilio,
Con tus bardos dulcísimos remedas
Los inmortales cantos de Virgilio?

Peró dejad que aquí mi tienda siente
Do la vista y el ánimo se expande,
Y, hasta llegar la noche, mire enfrente
La cascada gentil de Rincon Grande.

¡Qué riscos, cerros, lomas y montañas
Inundadas en luz! ¡Qué oscuro y hondo
El valle ahí! ¡Qué de álamos y cañas!
¡Cuán copioso el raudal, cuán claro el fondo!

Entre rocas y helechos, de la altura
Lamiendo el pie, bajo su negro flanco,
Se adelanta del bosque á la espesura
Con curvas de serpiente el Río Blanco.

Por su potente voz como atraído,

De su cauce, más alto, al fin se escapa
Y en el Blanco se arroja, con ruido
Cual de tormenta olímpica, el Tilapa.

Del cantil hasta el borde llega oculto
Entre apiñados cerros, peñas, frondas,
Y surge de repente inmenso el bulto
Cándido y espumoso de sus ondas.

Se viste el muro, cual tajado á pico,
De cortina de hierba opaca y bruna,
Y ciega en la cadente masa el rico
Fulgor como de nieves y de luna.

Revelan ó en las cumbres hacen alto
Las aves contemplando sus reflejos;
Y en valle y monte en derredor, del salto
La atronadora voz se oye muy léjos.

Ya unidos ámbos ríos, poderosa
Se dilata y serena su corriente
De Barrio Nuevo hasta la cuenca umbrosa
Que nadie sin pavor miró de frente.

Las montañas allí tocan al cielo
Casi á plomo cortadas, y al pie mismo
Dellas, nos falta de repente el suelo
Y su lóbrego seno abre el abismo.

Bosque de liquidámbares añoso
Cruza el raudal, y súbito le falta
Suelo también, y al hondo y ancho foso
La formidable mole hirviente salta.

Finge espectro titánico delante
Del seno á que se arroja temerario,
Quedando en pie al caer y amenazante,
Envuelto en blanquísimo sudario.

El final de la rápida caída
Abajo en torno vela opaca bruma,
Y, de la vespertina luz teñida,
Baña peñascos y árboles la espuma,

Sin tregua ronco estruendo á lo alto sube
Con más y más fragor, como si en Mayo
Del negro hinchado seno de la nube
Vibra la tempestad rayo tras rayo.

Mientras el sol el Occidente inflama,
Órbitas grandes traza en tardo vuelo
Sobre el haz del abismo que la llama,
Aguila regia y se remonta al cielo.

¡Qué sitios y qué escenas! A su vista,
Naturaleza, en reverente pasmo
Quedo, y del labio la mudez me atrista,
Aunque agite mi sér hondo entusiasmo.

Solo no estoy. Mi espíritu te nombra,
Mi corazón te llama ¡oh compañera
De mis últimos sueños! y en la sombra
Del bosque surges ya gentil palmera.

Alta y regia y airosa la estatura,
Helénica la forma peregrina,
Con voz de oculta fuente que murmura,
Con rostro de expresión toda divina;

En desvelos y penas refrigerio
Paz y valor al ánima cobarde,
Estrella que entre sombras y misterio
Alegra las tristezas de la tarde;

Pues conmigo á esta selva solitaria
Vienes piadosa al declinar el día,
Ante grandeza tal entona el aria
Que yo siento y no canto ¡oh Poesía!

Y siempre sienta yo, libre de enojos
Aunque sabiendo que te adoro en vano,
La casta luz de tus divinos ojos,
La presión cariñosa de tu mano.

Mágica tierra ¡adios! ¡Será que olvide
Yo tu beldad porque de tí me alejo?
Si mañana ancho espacio nos divide,
Mi corazón en tu recinto deajo.

El bardo humilde á recordar se atreve
La montaña sin par de tus montañas:
Si en él inspiración y voz son nieve,
Aun hay fuego de amor en sus entrañas.

¡Regio volcan, esfuerzo de gigante
Del polvo vil para escalar la altura,
Que envuelto en argentada vestidura
Te alzas á ver el piélago de Atlante!

Mientras el claro sol tu cono alumbra
Que en plata el cielo enriqueció perene,
Señal de puerto próximo tu cumbre
Al nauta dé que á nuestras playas viene.

Sabe ya el orbe, de la fama al canto
Tras el fragor de la extinguida guerrar,

Que ahí en tu falda se atesora cuanto
De bueno y de gentil hay en la tierra.

Orizaba, Abril 7 de 1891.

(Continuará.)

CUENTO ESCANDINAVO.

SALBYRAVN. [1]

OD estaba tendido cuan largo era sobre la yerba del prado contemplando el cielo azul. Su madre, refunfuñando desde dentro de la casa decía:

“Qué perezoso es ese muchacho; grande y fuerte como un roble del bosque y no hace jamás otra cosa que mirar cómo corren las nubes.”

En el cielo azul un punto se aproximaba, se aproximaba y se hacía cada vez mayor. Eso debe ser una águila—pensó Od—y sin levantarse puso una flecha en su arco y tiró.

El ave dió un bote en el aire y continuó su vuelo.

Od tiró otra vez. El ave giró sobre sí misma, mas sin descender todavía.

Od disparó una tercera flecha y el pájaro cayó rápidamente sobre el tirador como una gran masa negra.

Era un cuervo gigante, tan grande, que sus alas eran más largos que los brazos de un hombre. Cogió á Od con sus garras y se elevó por los aires, léjos, léjos, con él, El cuervo le dijo:

“Tú lanzas bastante bien la flecha, querido, mas no sabes sobre quién tiras. Yo soy Salbyrav, y ahora vamos á ver lo que tú vales.”

El cuervo voló con Od en sus garras; léjos, por encima del mar, descendió y zambulló á Od profundamente en las olas.

—¡Ay!—exclamó Od cuando el cuervo le sacó:—me creí perdido.

—Eso no es nada—dijo el cuervo, y le zambulló de nuevo.

—Qué negro ésta por allí abajo, decía Od.

—Es el peligro quien hace valiente—respondió el cuervo, y remojó por tercera vez á su víctima, reteniéndola por más tiempo en las ondas amargas.

—Esta vez sí que he creído oír el canto de los gallos de Walhalla.

—Ese canto alegra al buen guerrero—dijo el cuervo. Y ahora ven. Yo te daré un alimento que te volverá fortaleza al brazo y valentía al corazón.

Y llevando á Od por las montañas al fondo de un bosque, le hizo comer el corazón de un lobo, cocido con siete bolas de manteca.

—Ahora tú vas á ir á librar á la princesa Ermelina, secuestrada por el monstruo Dragehoved; ¿me has entendido bien, no es verdad?

—No, yo no sé, nada—dijo Od;—pero no importa, yo iré donde sea necesario. ¿Dónde está ella?

—A media noche—continuó el cuervo—yo vendré á buscarte; te proveeré de armas y te conduciré hasta el castillo donde el monstruo tiene encerrada á la princesa Ermelina. Te advierto, sobre todo, que ese monstruo no muere si no se le traspasan los ojos y el corazón.

Pero si tienes necesidad de mí llámame, que yo iré á socorrerte. Cuando hayas matado al monstruo podrás entrar en el castillo de la princesa y la dirás que es libre; pero te prohíbo la digas tu nombre y que dilates tu estancia más tiempo del que dure la noche,

—Así lo haré—dijo Od.

A media noche vino el cuervo á buscar á Od y le condujo al castillo del monstruo Dragehoved, que guardaba la puerta. Dragehoved tenía una cabeza enorme, tres ojos, siete patas [antes tuvo ocho, mas un guerrero que quiso libertar á la princesa le había arrancado una]

espinas en el lomo y una cola tan larga que casi daba la vuelta al castillo.

El monstruo sintió llegar á Od, y rugiendo de rabia hizo temblar la tierra con la cola.

Od luchó con el monstruo y le mató. Después penetró en el castillo. La princesa salió á su encuentro, le dió las gracias y le dijo: “Escucha, mi padre es rey y te dará todo lo que tú quieras por haberme salvado: dime, pues, lo que desees.”

Od miró á la princesa, con su larga cabellera de oro que la caía sobre las caderas y los ojos como la cervatilla de los bosques, y pensó que jamás había visto nada tan encantador.

—Vamos—dijo la princesa,—habla; dime qué es lo que desees.

—Hermosa princesa—respondió Od, yo no te pido más que dormir con la cabeza sobre tus rodillas, mientras tú me acaricias los cabellos, y cuando llegues á tu casa pregúntale á tu padre qué es lo que tiene que hacer el que quiera casarse contigo, y yo lo haré.

—Dime tu nombre, y mi padre te llamará—dijo la princesa.

—No puedo decirte mi nombre—respondió Od;—pero si tú quieres me reconocerás sin conocerle. Déjame posar la cabeza sobre tus rodillas, porque ántes que el día venga es necesario que parta.

La princesa se sentó en el suelo de su cámara, y Od se tendió á su lado, con la cabeza apoyada sobre sus rodillas. Se durmió, y entre tanto la princesa le acariciaba los cabellos y cantaba.

Mientras que Od dormía, la princesa sacó un anillo de oro de sus dedos y lo colocó en los largos cabellos de Od.

Antes que fuera de día Od oyó al cuervo que le llamaba, y partió.

Cuando la princesa Ermelina tornó á su casa todo el reino estuvo de fiestas, y el anciano rey lloró de alegría abrazando á su hija. Después la dijo:

—Ahora es necesario que yo te dé mi palabra real y conceda tu mano á aquel que te haya libertado. ¿Dónde está tu salvador?

—No te inquietes—respondió la princesa;—haz prepararlo todo para la boda, que él vendrá.

Se preparó todo en el castillo, se adornó con flores y banderas, se buscaron caza en los bosques, las vacas en las praderas y toneles en las cuevas para la comida de los invitados. Los soldados cantaban delante del castillo y los heraldos de armas pregonaban las invitaciones por el todo el reino. Después desde la puerta y á todo lo largo de la alameda que conducía al castillo, se cubrió ésta de ricos tapices bordados de seda y oro. Numerosos invitados llegaban á pié, á caballo ó en carroza; todos ellos daban vuelta con cuidado al uno y al otro lado de la alameda para no estropear los magníficos tapices.

El rey y la princesa Ermelina estaban en el balcón. Cada vez que un hermoso caballero aparecía, el rey preguntaba: “¿Es eso, hija mía?” La princesa respondió: “No, todavía no.”

Al poco rato, la princesa vió al extremo de la alameda un alto y hermoso jóven que llegaba tranquilamente, marchando por enmedio de los tapices.

La princesa riendo dijo: “Ese debe ser él, puesto que sabe que en su honor se celebra la fiesta.”

El jóven se aproximó y la princesa vió su anillo que brillaba en sus largos cabellos, y reconociendo á Od, dijo á su padre: “Este es mi prometido.”

El rey se quedó estupefacto. ¡Hija mía, éste no es un príncipe!

—¿Cómo!—respondió Ermelina.—¿No ves tú mi anillo que brilla en sus cabellos?—Esa es su corona.

Entonces se casaron y Salbyrav voló por encima de las torres del castillo; desde entonces no se le ha vuelto á ver más por los contornos.

MME. DE WINDENRATH.

CONTEMPLACIONES.

XV

Frente á la humilde mesa do elabore como un tributo á la Divina Ciencia, estas Contemplaciones en que vierto lo poco que aprendí de la terrena, con mi propia ignorancia comparando la Ciencia que en el Orbe se revela, mientras que mis recuerdos concretaba para principio dar á la tarea, tomé un cigarro, eterno compañero de aquel que por oficio estudia y piensa, y lo acerqué, en extremo distraído, á la vibrante llama de la vela

Yo no sé si la llama tricolora en mí ejerció su hipnótica influencia, pero es lo cierto que olvidé el asunto que tenía poco ántes en cartera, y contemplando me quedé la llama que fué fanal en que brotó de ideas todo un caudal, que apénas si de prisa pude anhelante aprisionar, no fuera que mi cerebro débil y enfermizo las inmolase en aras de la AMNESIA.

¡Cuán semejante al organismo humano encontré la estructura de la vela, destinada á lucir unos instantes y á convertirse en humo y en pavesa!

En el cuerpo, la sangre ya provista en el pulmón de oxígeno, se eleva después hasta el cerebro, en donde nacen dolores, sentimientos, y la IDEA; en el cuerpo, el oxígeno activando la combustión, transforma con presteza la materia, en calor, en movimiento, y el cerebro en fanal de inteligencia, que á trechos, con el flujo de la sangre, se encandila unas veces y otras mengua, según el combustible que el torrente circulatorio entre sus ondas lleva

Cuando toca á su fin la vida humana, se hacen mucho más claras las ideas, más fecundas, más vivas, más ardientes, más hondas á la vez que más intensas, y después de lanzar esos postreros rayos de luz, la humana inteligencia se apaga porque falta el combustible, y sentimientos, y dolor é ideas deja dispersos por doquier, al modo que se dispersa el humo de la vela y un cuerpo sin calor, opaco y rígido, como el último cabo de pavesa que despreciable, y carbonado y místico del candelero sobre el fondo queda

En el hombre, lo mismo que en la llama, no es la brillante luz que nos recrea, más que un constante sacrificio un foco de cremación, en donde la materia opaca, inerte, y despreciable, y muda, se transforma, quemándose, en lumbrera, ó en palabra, en calor, en sentimiento, y en heroísmo, y en Amor, y en Ciencia

¡No se sabe en verdad cuándo es más grande el Supremo Hacedor; si cuando crea de una materia sola tantas formas de variedad tan grande, ó cuando trueca, (en apariencia destruyendo su obra) en otras más brillantes y más bellas, las formas inferiores más vulgares en la escala sin fin de la materia!

¡Nada se pierde! . . . ¡Todo se transforma! . . . El átomo lo mismo que la Idea, se engendran mutuamente, y son dos formas en que fecunda, la Creación alterna su potencia vital; son dos extremos en que de Dios la provision se muestra; el átomo, al quemarse en el cerebro, da palabras y formas á la Idea, y ésta á su vez, muriendo en la celdilla, devuelve al átomo sutil su inercia!

¡Efímero esplendor! . . . un fuego fátuo es, bien considerada, la existencia, y el hombre, astro que brilla en el espacio como una exhalación, y ya muy cerca del Zenit, se aniquila y desaparece tras de una LLAMARADA la postrera!

Como la luz fugaz de la bugia, de la noche disipa las tinieblas, y me permite, á la palabra escrita traducir claramente mis ideas, y transmitir las á otros pensadores, dejando de mi paso por la tierra memoria que á mi cuerpo sobreviva, como el barco en la Mar deja una estela, así la luz CONSTANTE, que llamamos en el lenguaje de los hombres, CIENCIA, disipa con su brillo la ignorancia que á favor de las sombras sólo medra; pero es fanal do nunca el combustible puede faltar, y sin cesar flamea, porque le acude fiel con su tributo la magna turba que en el Orbe piensa

¡Fuego sagrado que jamás se apaga, estrella perenal, no deja estela,

[1] Salbyrav es uno de los cuervos de Wothan.

Como el Sol, por igual vierte y derrama su calor y su luz sobre la Tierra! . . .

Mas fué siempre la luz inseparable de las sombras; . . . la Tierra es una esfera, y no pudiendo estar sus puntos todos bañados por la luz, en sombra densa tiene que hallarse siempre un hemisferio, mientras el otro inunda luz Febea, . . . y así de sombra y luz la alternativa, que se traduce en ignorancia y ciencia, divide por mitad á los mortales conforme á ley ineludible, eterna!

Tacubaya, Febrero 1º de 1897.

JUAN N. CORDERO.

JUEZ MODELO.

EL emir de Argel, Bauakas, quiso averiguar por sí mismo si era cierto que en la capital de la provincia había un juez dotado de tan extraordinaria habilidad, que infaliblemente describía la verdad, no habiendo ningún bribon que hubiese logrado darle gato por liebre.

Bauakas se disfrazó de mercader y se dirigió á la ciudad en que residía el juez.

Al entrar en la población un pordiosero se acercó al emir pidiéndole una limosna.

Bauakas le dió unas monedas é iba á seguir su camino, cuando el pordiosero le detuvo.

—¿Qué quieres? No te he dado limosna?

—Me has dado limosna, pero hazme el favor de llevarme en tu caballo hasta la plaza de la ciudad, para que los camellos y los caballos no me estropeen.

El emir hizo subir á la grupa al mendigo y así llegaron á la plaza; detuvo Bauakas al caballo, pero el mendigo no se apeaba.

—¿Por qué no te apeas? Vamos, bájate que ya hemos llegado.

—¿Por qué me he de bajar? Este caballo es mío. Si de buen grado no me lo das, vamos á que el juez dirima el caso.

La muchedumbre que les rodeaba, oyendo la discusión, gritaba:

—Id donde está el juez, que todo lo pondrá en claro.

El emir y el pordiosero comparecieron ante el juez.

Antes que tocara su turno al emir, el juez llamó ante él á un sabio y á un patán. Ambos se disputaban una misma mujer.

El patán afirmaba que era su mujer; el sabio que era suya.

Después de oírlos el juez, dijo:

—Dejad la mujer aquí y volved mañana.

Seguidamente entraron un carnicero y un aceitero. El carnicero estaba cubierto de sangre y el aceitero de manchas de aceite.

El carnicero tenía dinero en la mano y el aceitero sujetaba la mano del carnicero.

El carnicero decía:

—Yo he comprado aceite á este hombre; saqué mi bolsa para pagarle, cuando me cogió la mano para robarme el dinero, y hemos venido á tu presencia, yo teniendo mi bolsa, y él agarrado á mi mano.

—Eso no es verdad—repuso el aceitero—el carnicero vino á comprarme aceite; me pidió que le cambiase una moneda de oro, cogió la plata, de la que quiso apoderarse y huir, y entonces le cogí la mano y lo traje aquí.

El juez respondió:

—Dejad aquí el dinero y volved mañana.

Bauakas á su vez refirió lo que le había acaecido con el pordiosero. El juez le escuchó y luego ordenó al mendigo que explicara el caso.

—Estaba yo á caballo—arguyó el pordiosero—cuando él me pidió que le admitiese en la grupa para conducirme hasta la plaza. Accedí y lo llevé hasta donde me dijo; pero se negó á descabalar, diciendo que el caballo era suyo, lo que es falso.

—Dejad el caballo aquí y volved mañana—repuso el juez.

Al día siguiente inmenso concurso acudió á conocer las decisiones del magistrado.

El sabio y el patán llegaron primero—

¡Vete con tu mujer!—dijo el juez al sabio—y que den al patán cincuenta azotes.

Marchóse el sabio con su esposa y el patán sufrió su castigo ante el concurso.

Después llamó el juez al carnicero.

—El dinero es tuyo—le dijo.

Y señalando al aceitero, añadió:

—A éste cincuenta azotes.

Llegó el turno de Bauakas y el pordiosero.

—¿Reconocerías tu caballo entre otros veinte?—preguntó al emir.

—Le reconocería.

—¿Y tú?

—También—repuso el mendigo.

—Sígueme—dijo el juez á Bauakas.

Se dirigieron á la cuadra; el emir reconoció en seguida su caballo entre otros veinte.

Después el juez hizo ir al mendigo á la cuadra; le ordenó que señalase el caballo, y el mendigo señaló el mismo que ántes había señalado el emir. Volvió el juez á su sitio, y dijo á Bauakas:

—¿El caballo es tuyo, tómallo!

Y ordenó que se propinase al pordiosero cincuenta azotes.

Cuando el juez se alejaba, Bauakas se dirigió á él.

—¿Qué me quieres?—le dijo el juez.—¿Acaso estás descontento de mi sentencia?

—No; estoy satisfecho de todo—repuso el emir—solamente deseo que me digas cómo has averiguado que la mujer es del sabio y no del patán, el dinero del carnicero y mío el caballo.

—En cuanto á la mujer del sabio, la llamé esta mañana, y le dije: “Hecha tinta en mi tintero.” Tomó el tintero, lo limpió pronto y cuidadosamente, y le llenó de tinta; luego estaba habituada á esta labor. Si hubiera sido mujer del patán ó cae en perplejidad ó hace un desaguizado. De ahí deduje que el sabio tenía razón.

En cuanto al dinero, lo hice depositar en una cubeta llena de agua, que observé esta mañana para cerciorarme si sobrenadaba el aceite. Si el dinero hubiera sido del aceitero, éste lo habría impregnado con el contacto de sus manos; como el agua permanecía límpida, el dinero no podía pertenecer sino al carnicero.

Por lo que hace al caballo, el caso era más difícil. El pordiosero reconoció tan pronto como tú el caballo entre otros veinte. Yo les sometí á esta prueba por ver solamente quién reconocía primero el caballo.

Cuando tú te acercaste á él, el caballo volvió la cabeza para mirarte, en tanto que cuando el mendigo lo tocó, bajó las orejas y encogió una pierna. Ya ves cómo averigué que eras el legítimo propietario.

Entonces Bauakas le dijo:

—Yo no soy mercader; yo soy el emir Bauakas. Vine aquí para averiguar si era cierto lo que de tí se decía. Quedo convencido de que eres un juez hábil y sabio. Pide, pues, lo que quieras.

—No necesito recompensas—respondió el juez—me considero bastante agraciado con la enhorabuena de mi emir.

LEON TOLSTI.

HISTORIA DE UN PENSAMIENTO.

I

Cuando á su nido vuelva el ave pasajera
A quien amparo disteis, abrigo y amistad,
Es justo que os dirija su cántiga postrera
Antes que deje triste vuestra natal ciudad.
Al pájaro viajero que abandonó su nido,
Le disteis un abrigo calmando su inquietud:
¡Oh! tantos beneficios jamás daré al olvido;
Durable cual mi vida será mi gratitud.
En prueba de ella os dejo . . . lo que dejaros puedo,
Mis versos siempre tristes, pero los dejo así,
Porque me pienso á veces que entre sus letras quede
Porque al mirarlos, creo que pensareis en mí.
Voy pues á referiros una sencilla historia
Que en mi alma desolada honda impresion dejó:
Me la contaron . . . ¿dónde . . . ? es frágil mi memoria,
Acaso el héroe de ella . . . ó bien, la soñé yo.

II

Era una linda rosa, brillante enredadera,

Tan pura, tan graciosa, espléndida y gentil,
Que era el mejor adorno de la feraz pradera,
La joya más valiosa del floreciente Abril.

Al pié de ella crecía un pobre pensamiento
Pequeño y solitario, sin gracia ni color;
Pero miró á la rosa y respiró su aliento
Y concibió por ella el más profundo amor.

Mirando á su querida pasaba noche y día,
Mil veces ¡ay! le quiso su pena declarar;
Pero tan léjos siempre, tan léjos la veía
Que devoraba á solas su pena y su pesar.

A veces le mandaba sus tímidos olores
Pensando que llegaban hasta su amada flor;
Pero la brisa leve, al columpiar las flores,
Llevábase muy léjos la prenda de su amor.

El pobre pensamiento mil lágrimas vertía,
Desoladoras lágrimas de acíbar y de hiel,
Mientras la jóven rosa sin ver otras crecía
Y mientras más crecía más se alejaba de él.

.....
Llega un jazmin en tanto, á la pradera bella:
También amó á la rosa al punto en que la vió;
Pero él fué más dichoso, pudo llegar hasta ella,
Le declaró su pena y . . . al fin la rosa amó.

.....
¡Oh! ¿Comprendeis ahora al pobre pensamiento
Al ver correspondido á su feliz rival?
¿No comprendeis su horrible, su bárbaro tormento,
Al verse condenado á suerte tan fatal?

.....
Después le trasplantaron . . . Vivió en otras praderas;
Indiferencia, olvido y hasta placer fingió:
Miraba flores lindas, brillantes, hechiceras,
Pero á su amor constante y fiel permaneció.

.....
Por fin, una mañana, estando muy distante,
El céfiro contóle las bodas del jazmin:
El escuchó sonriendo, y ciego, delirante,
Leco placer mostrando, creyó olvidar al fin.

.....
Pero al siguiente día con lágrimas le vieron
Las flores, é ignorando su oculto padecer,
—“Tú lloras, pensamiento, tú lloras,” le dijeron.
—“No es nada, contestádoles, es llanto de . . . placer.”

III

.....
Ved la sencilla historia que os ofrecí contaros:
Acaso os entristezca, pero la dejo así,
¡Adios, adios, ya parto! Me atrevo á suplicaros
Que la leais á solas y os acordeis de mí.

JESUS GONZALEZ COS.
(Mexicano.)

LEYENDAS

Tradiciones queretanas

POR ALTER.

XLVII

CALLE DE LA DEGOLLADA.

EXISTE por las solitarias calles del barrio de San Francisquito, una calle que lleva el nombre que encabeza estas líneas, cuyo origen relato, no tanto por lo trágico del suceso que le diera nombre, cuanto por la intervencion que en ello tuvo la protección de la patrona de los queretanos, Santa María, bajo la advocación del Pueblito.

Refieren las crónicas [1] que en 1715 existió por este barrio una mujer de nombre María Sánchez, la cual víctima de mezquinas venganzas de parte de otras mujeres de mal vivir, fué perseguida por un asesino pagado por aquellas, el cual no podía cumplir su ofrecimiento, hasta que un día fué encontrada por éste en la citada calle, y enarbolando el puñal que continuamente traía consigo, dióle una profunda herida en el lagarto izquierdo; y no contento con ello, hundióle el puñal en el cuello desprendiéndole la cabeza por completo, quedando caída sobre el tronco, casi pendiente sólo de la piel, viéndosele por la oquedad de la herida el paladar y la lengua. [2]

El asesino huyó sin que la policía pudiera aprehenderlo.

Ocurrieron los médicos y un religioso crucífero para administrarle las medicinas tanto espirituales como corporales. Aquellos en vista del estado moribundo de la paciente, nada hicieron; pues declararon que en breve debía morir sin remedio. El religioso, en cumplimiento de su deber, procedió á confesarla, á cuyo objeto mandó despejar el campo del sinúmero de curiosos, y tomando á uno de los circunstantes le obligó á que después de vendado y tapados los oídos, le tuviese con las dos

[1] Vilaplana. Novenario histórico.

[2] Simeon Rioverde.—María del Pueblito, 1864.

manos la cabeza sobre el tronco, á fin de alcanzar alguna señal siquiera de arrepentimiento.

Después de breves momentos, por razón de la mucha sangre que del tronco y lagarto vertía y ántes que espirase, le dió la absolución sacramental, hecho lo cual fué conducida en estado moribundo al lugar destinado al objeto, quedando dos médicos siempre á su cabecera, no tanto por salvar su vida, de la cual ya se había desesperado, cuanto por prodigarle las atenciones del caso á la criatura que llevaba en su vientre, (3) la cual salvó.

Pasados cuatro meses de este acontecimiento se presenta una mañana en el convento del Pueblito una mujer de rodillas ante el P. Guardian, pidiendo á lágrima viva se le admita en dicho Santuario, como la última de las esclavas de la Santísima Señora.

El Guardian, que ignora á qué conduzca tal petición, se queda asombrado al escuchar que la suplicante es María Sánchez, la del ruidoso acontecimiento, la cual después de referir ante la Comunidad detalladamente los antecedentes del suceso, llega al momento crítico, enseña las frescas cicatrices y después volviendo á derramar abundantes lágrimas de gratitud, refiere que al enarbolar su asesino el puñal, invocó de todas veras á la Santísima Virgen del Pueblito, ofreciendo servirle un año como la última de sus esclavas, lo cual viene á cumplir fielmente, suplicando no se le niegue aquella gracia.

El Guardian sin demora accede, y para perpetuar aquel acontecimiento, manda que se haga un cuadro al óleo, y se conserve en el convento, y el cual todavía existe, representando el suceso, honra y gloria de la Generala queretana.

Desde aquella fecha, la citada calle ha conservado su nombre hasta nuestros días.

El V. P. Fr. Juan Alonso Ortega, misionero apostólico, fué quien confesó á la citada María Sánchez en presencia de gran concurso de gente, quienes dieron testimonio de aquel hecho, bendiciendo poco después á la Santísima Señora, viendo á la occisa enteramente buena.

[3] Rioverde.—Obra citada.

SOLEDAD.

I

Aunque buscando impresiones,
Crujan la tierra y el mar,
Nunca se llena el vacío
Del alma de Soledad.
De la vida que maldice
Sintiendo el terrible afán,
Jóven, rica, sana y bella,
Desolada viene y va
Desde la ciudad al campo,
Desde el campo á la ciudad.
Y nunca aquel gran vacío
Llegan á terraplenar
Ni la historia, ni la ciencia,
Ni lo real, ni lo ideal,
Por más que con arduo estudio
La llegaron á prestar
La religión sus misterios,
El tiempo su eternidad.

II

Y al fin á la pobre niña
La hubiera muerto el pesar,
Si no fuera porque un día,
Por obra providencial,
Llenó el inmenso vacío
Del alma de Soledad
El perfume de una rosa
Que la regaló un galán.

RAMON DE CAMPOAMOR.

Lágrimas de muchachas
y de muchachos,
unas parecen perlas
y otras garbanzos.

HISTORIA CORTA.

¡LELIA!

En el álbum de la señorita Pastora Meltin.

TE acuerdas, encantadora niña, de aquel viejo castillo, convertido en soberbia majada, de gruesos sillares, con lumbreras y ojivas de calados arabescos, cornisas que descansan sobre sencillas ménsulas de gusto romano-bizantino y que nos recuerdan los delirios del barroquismo?

Allí fué donde se desarrolló la historia que voy á contarte; allí fué donde, abatida y atemorizada la pobre Lélia, huyendo del alarido de las aves y de los suspiros del viento, buscaba un refugio en el cual pudiera reposar durante la noche ó acaso para siempre!

I

El tío Simon no era hombre malo; pero Lélia le había jugado una mala pasada aquel día y, desesperado, la arrojó del viejo castillo de gruesos sillares con lumbreras y ojivas de calados arabescos.

II

Los hatos de ganado apacentados, en las colinas cercanas, por alegres y gentiles pastores y pastorellas, tornaban al redil. Pablo, sin desatender su rebaño, trataba de acercarse á la esquivada Teodora, requiriéndola de amores.

Ver los carrillos inflados de un triton, soplando un caracol, y ver los carrillos de Pablo era ver una misma cosa; desde luego, se advertía, en aquel honrada mozo, que para él sería tan fácil "destripar terrones" en las montañas de Andalucía como destripar á Maceo en las maniguas de Cuba.

Teodora, por el contrario, tan delicada era, que parecía sucumbir ante la perspectiva de las rudas faenas del campo; de andar tan quedo, que los pliegues de su enagua susurraban como las suaves brisas de la noche.

Así llegaron pastores y pastorellas al viejo castillo de gruesos sillares con lumbreras y ojivas de calados arabescos.

III

Sorprendida quedó Teodora al ver que la cariñosa Lélia no salía á recibirla como todas las tardes, cuando á la hora del "Angelus" regresaba, tras de un día de calor, frío ó lluvioso, á descansar al viejo castillo de gruesos sillares, con lumbreras y ojivas de calados arabescos.

IV

Teodora parecía no tener corazón más que para amar á Lélia.

Buscó y rebuscó, y Lélia no parecía. Varias veces le había servido de madrina contra el furor del tío Simon y temía que cualquier atrevimiento de Lélia pudiera costarle caro. Este era un golpe fatal para la infeliz Teodora; sin decir esta boca es mía, subió á su aposento tan angustiada que se hallaba dispuesta á abandonar, al día siguiente el viejo castillo de gruesos sillares con lumbreras y ojivas de calados arabescos.

V

Mientras todos dormían, Teodora lloraba y á la media noche corrida, las auras trajeron á sus oídos una canción:

Brisa que besas,—sus castaños rizos
Céfiro dulce,—que sus plantas besas,
Si hasta su odoí,—por mi bien llegases,
Díle que lloro,—sin cesar sus cuitas;
Díle que tengo,—por su causa, el alma
Sin un momento—de dichoso alivio,
Y que soñando—con su voz tan dulce
Huye mi vida—como sombra leve.

—¡Ese es Pablo!—exclamó la jóven—y palpitante se arrojó á la "lumbrera" de su cuarto.

—¡Teodora!

—¡Pablo! Estoy llorando....

—Me lo suponía y por eso he venido, por si puedo, vida de mi vida, ahuyentar tus pesares.

—Lélia ha desaparecido; búscala y.... soy tuya.

—¡Bendita sea la Virgen de la Piedad! ¡Adios, Teodora!; la encontraré y te juro que si no lo consigo, no he de volver á verte.

Pablo desapareció dispuesto á no volver, sino triunfante, al viejo castillo, de gruesos sillares, con lumbreras y ojivas de calados arabescos.

VI

La infortunada Teodora había adquirido de repente, sin saberlo, un corazón que no tenía.

¡Cuánto tiempo hacía que Pablo enamoraba á la gentil pastora sin resultado! A la mujer no se le ablanda sino á "golpes" y la pérdida de Lélia había sido, uno tan fuerte, para Teodora, que bastó "éste solo" para darle un corazón que no tenía.

¡Si Pablo comprendiese la deuda que contrajo, desde aquel momento, con el tío Simon....! Al herir éste á la mujer de sus ensueños, hizo á los dos una obra de caridad: á Pablo le proporcionó la dicha, y á Teodora algo más.... á Teodora un corazón para amar á un hombre digno de ser amado!

¡Qué cambio más notable se había realizado en la existencia de dos seres, en una sola noche, en el viejo castillo, de gruesos sillares, con lumbreras y ojivas de calados arabescos.

VII

El sol, rasgando las nieblas matinales, alumbraba una escena tan sencilla como tierna. Pablo y Teodora rodeaban con solicitud á la pobre Lélia que yacía muerta en acolchonada cama de hojarasca y crespos helechos; buscando en su yerto regazo restos de calor, que no existían, un recién nacido de pelo compacto, fino y lustroso, de hocico agudo y que gruñía tiritando de frío.

Entre los dos pastores fueron conducidos los restos de Lélia y muy abrigadito el naciente al viejo castillo de gruesos sillares con lumbreras y ojivas de calados arabescos.

J. ROMERO IÑES.

Noviembre, 1886.

APUESTA ORIGINAL.

VAMOS á trasladar á los lectores á un fronton; á uno de estos templos erigidos á los dioses de la pelota, como diría algun revistero de esta clase de "sport" en un exceso de cursilería. Poco importa que la acción pase en Bilbao, Deusto, Durango, Madrid, San Sebastian, Barcelona ó en alguna de las canchas existentes en la Confederación de la Plata, pero lo que vamos á relatar es rigurosamente histórico, y es uno de tantos episodios que acostumbran iniciarse entre aquellas negruzcas paredes.

Entre los muchos asíduos concurrentes, que á más de su afición al arte, les impelía allí el afán de jugarse algunos miles de pesetas á favor de tal ó cual parejo, figuraban dos jóvenes de la alta sociedad de la población, llamados Federico y Luis respectivamente; la amistad que les unía era tan profunda, que todo el mundo los hubiera considerado como hermanos, mejor que como amigos, pero esto no impedía que cada día ganase el uno al otro enormes cantidades que hubieran bastado por hacer la felicidad de más de cuatro maestros de escuela, ó de toda la familia de un modesto agente de consumos.

Otra pareja que no dejaba nunca de concurrir á todos los partidos que se jugaban, la forma un caballero de unos cincuenta años de edad, acompañado de su hija, una preciosa niña, que no había pasado todavía de la época en que la imaginación concibe las más halagüeñas ilusiones; él asistía al fronton animado del mismo sentimiento que la mayoría de los espectadores: el afán del juego; ella acompañaba á su padre, y le gustaba presenciar á menudo el espectáculo que se ofrecía

ante sus ojos, de la misma manera que se hubiera divertido en un teatro ó en un paseo.

No pasó inadvertida á nuestros héroes la bonita figura de la muchacha, y no tardaron mucho tiempo en enamorarse perdidamente de ella, ignorando empero que sus corazones latiesen por el mismo objeto; entónces era de ver las extravagantes jugadas que los dos hacían, cuyo resultado era salir siempre sin un centavo en el bolsillo. Como los dos no tenían secretos uno para el otro, llegó el día de las confidencias, y comprendieron el conflicto que se había originado, ya que no podían ambicionar á poseer aquella mujer, los dos á un tiempo.

Aquel día se celebraba un partido que prometía resultar muy reñido, y para el cual se habían atravesado grandes sumas; jugaban Irún y Pasieguito, que lucían camiseta azul, contra Portal y Navarrete, que ostentaban el distintivo blanco.

Se encaminaban los dos amigos al Frontón discutiendo el éxito y resultado del partido, cuando de repente Luis se vió acometido de una idea luminosa: él, que era entusiasta de la pareja azul, aseguraba que ganarían, mientras que Federico aseguraba lo contrario. Pues bien: si ganaban los primeros, éste debía renunciar á la mujer que amaba, mientras que si sucedía lo contrario, le quedaba el campo libre para dedicarse á ella. Aceptó Federico la apuesta, y ocuparon sus respectivos asientos de cancha, sin que los que los rodearan pudiesen imaginarse la puesta original que habían hecho, que para ellos era más considerable que si se hubiese tratado de todos los tesoros del mundo.

Empezó el partido en medio de un silencio sepulcral, únicamente interrumpido por las voces que daban los corredores al ofrecer apuestas, ó por el sonoro chasquido que producía la pelota al dar en la pared; el juego resultaba reñido de verdad, ya que los dos bandos se igualaban muy á menudo, y para conocer cuando uno de ellos alcanzaba ventaja, solamente había que fijarse en los rostros de los dos amigos, que del rojo subido pasaban al verde pálido.

Como todo lo de este mundo, los partidos de pelota tienen su final, acabando ese con la victoria de la pareja blanca, no sin haberse igualado en el penúltimo tanto; de consiguiente, Federico había ganado la apuesta, y desde aquel momento podía dedicarse á obtener la mano de la mujer de sus pensamientos.

Logró su ideal, y al cabo de tres meses salía á verificar un viaje de boda, ébrio de felicidad.

En cambio Luis asiste todavía al Frontón maldiciendo el color azul, que le causa tanto horror, apostando siempre por los blancos, y asegura que si Irún y Pasieguito hubieran usado camiseta blanca en vez de azul hubieran tenido segura la victoria.

HERIBERTO RIERA.

SU TOCADO.

SE había quedado dormida sobre un lujo-so sofá, con ese sueño prolongado, peculiar á los quince Abriles; no abrió los ojos sino cuando los rayos del sol acariciaron las celosías de las vidrieras; sin cuidarse por las apariencias saltó de su cama improvisada para irse á mirar en uno de los ricos espejos de cuerpo entero que adornaban la sala.

Estaba bella: su blancura mate, inmaculada cual la nieve secular de la corona andina, se hacía más notable en la voluptuosa similitud que aún reinaba. También ella, de blancura nívea, cual la esposa del duque de Angulema, hubiera podido llevar en su blason heráldico la divisa "Candida Candidis" que el Rey Caballero dió á Ana de Bretaña. Sus ojos tenían un brillo jugueton peculiar á toda

travesura de los años juveniles; un prolongado bostezo, especie de reproche por la inoportuna visita de Febo, descubrió las blanquísimas hileras de pequeños dientes, brillantes cual rocío de las minas de Golconda, que parecían en su rosada boquita dos cintas de fulgente pedrería recostadas sobre un estuchito de raso nacarado.

Risueña se contemplaba en el espejo, reconocía que era bella: con esa belleza sin adornos que hace un triunfo el despertar de las hermosas. Ella tenía el valor de confesarlo: no conocía la falsa modestia que consiste en apocar las dotes que no dependen de nosotros.

Qué perfección de líneas! El cuello de una sircasiana, el seno turgente de una odaliscia, el talle esbelto de una griseta. Una manita más suave y más blanca que el vellon del "ederfugl" de los mares escandinavos, manita solapada, con uñas poco visibles, mullida y deliciosa cual las manos femeninas que provocan conjeturas y hacen el deleite de los amantes; era su mano de coqueta, tal vez... mano de mujer galante.

Otro nuevo bostezo; tan temprano y ¿ya fastidiada?

Ella apenas en el comienzo de la vida, rodeada de un lujo oriental, hermosa como pocas, y sin duda mimada y acariciada por la fortuna que le sonreía, ¿levantarse con el fastidio pintado en el rostro?

Sin remedio la "miss" estaba contagiada del "ennui" de los hijos de Albion.

Aún no podía acariciar desengaños del alma, como acarician mujeres neuróticas sueños de amor que por lo fantásticos son irrealizables.

Su fastidio era el fastidio de niña mimada, los dengues continuos de todas las hermosas que tienen caprichos quiméricos que nada puede satisfacer.

Su rostro de niña de quince reflejaba el "spleen" que engendran los cuentos románticos, los cigarrillos turcos fumados á hurtadillas, las horas de ensueños en la umbría de los jardines y las voluptuosas visiones que evoca el espíritu, cuando en la hamaca languidecen las bellas rodeadas de cefirillos inquietos en las calurosas tardes de estío. ¿Cómo al vaiven del columpio despierta visiones el susurro de la falda de seda contra el césped; cómo levanta el vuelo de la fantasía el ligero empuje de un pisesito liliputiense perdido en medio de randas ondulantes!

Después se lavó las manos pensando que era inoficioso lavarse la cara. ¿No estaba su cutis tan puro como las hojas del lirio bañadas por el rocío de la noche? Sin embargo... la sociedad tiene exigencias, exigencias pesadas, á las cuales no pueden sustraerse ciertos seres privilegiados.

De repente se incorporó, y de un salto de liebre espantada se volvió á tender en el sofá.

¿Quién tenía la imprudencia de abrir la puerta cuando ella estaba haciendo su tocado, quién se presentaba sin que ella hubiese sonado la campanilla?

No había por qué asustarse... era la camarera y esos deliciosos remilgos del pudor, ese enojo de Diana vista en el baño, ese sonrojo de vestal, se perdieron en el mal humorado ceño de la doncella que exclamó:

—¿Con qué aquí estabas, gata de todos los diablos? Buen regaño he recibido por no llevarte á tomar el desayuno con tu señora. Vamos "Mimí."

EMILIO DELMAR.

«¡QUE ESCRIBAS!»

Tal es la frase última que entre sollozos pronuncia la pobre madre, estrechando entre sus brazos, enagenada y convulsa, traspasada de dolor, galvanizada por el dolor mismo—que sin él vendría á tierra como tronchada por el águila de su desventura—al hijo de sus entrañas que parte á la guerra solicitado por

el más augusto de los deberes: el de defender la patria en cuya tierra nacimos todos y están enterrados nuestros queridos muertos.

—¡"Que escribas!"—prorrumpió en el último momento, en el momento trágico en que se rompe aquel lazo atado por Dios mismo, según es de angustio; "¡que escribas!" dice aún, viéndole partir, llorando, llorando á mares, como debieron llorar las madres numantinas el día trágico, ó los ángeles arrojados del paraíso; "¡que escribas!" grita una vez más con grito desgarrador, intraducible, sin sonido, sin forma, sin ortografía equivalentes en lengua alguna.

Y todavía persigue en la onda sonora al sinventura que se parte á la guerra la frase suprema y última "¡que escribas!"

Allá en la noche, en la noche imponente y lúgubre del campamento, un soldado escribe á su madre á la luz de la hoguera donde hierve el primer rancho que comerá después de la sangrienta jornada.

Aún tiene en los ojos el inaudito deslumbramiento del fuego enemigo y del horror de la muerte; en los oídos el tableteo del trueno de cien cañonazos, que estallan al mismo tiempo; en el alma conmovida la sensación tremenda y "única," en fuerza de ser enorme, de la catástrofe. . . . y, sin embargo, el heroico adolescente, el casi niño que defiende en Cuba nuestros hogares, y nuestras vidas, y nuestras haciendas, y nuestra honra, vierte sobre un papel con mano torpe, á trazos gigantescos y desiguales, de escritura fantástica, toda su alma de adollescente en un relato que va fluyendo, fluyendo de su pluma poco dócil hasta convertirse en el manantial que riega las inmarcitas flores del más sagrado de los recuerdos: del recuerdo de su madre.

La pobre madre espera, mientras tanto, allá en la aldea donde nacieron y murieron sus padres, y los padres de sus padres; y sus hijos, y los hijos de sus hijos, la primera carta de aquél, el más querido de todos, que está en la guerra, ¿qué habrá muerto quizás!—¡oh, que espantosa idea!—pero, no; no habrá muerto; ¡como que hoy recibirá su primera carta!

De pronto aparece un cartero, trás un recodo del polvoriento camino.

Pero ¡ay! la pobre madre, ahogada, estrangulada por la emoción inmensa de la incertidumbre, no se atreve á preguntarle. Mas el cartero siente en el corazón el dardo de una mirada interrogadora, infinita, que no parece de ojos humanos, y temblando alarga un pliego á la pobre madre, ¡que cae desmayada sobre la linde del polvoriento camino!

Aquella carta no es la del hijo de sus entrañas. Era la de un compañero, de un camarada, de un casi hermano del pobre mozo que había caído moribundo en sus brazos, destrozado, roto el pecho por una bala, que le dejó tiempo, sin embargo, para decirle con la arcada llena de espuma sangrienta de la agonía:

—¡Que escribas á la madrecita mía de mi alma!

Y el otro, el amigo del soldado heroico, había escrito á su madre que no salió de su desmayo sino para prorrumpir:

—Ya no te diré "¡que escribas!" hijo de mis entrañas, porque me voy contigo. Y murió.

CANTARES.

Pelo rubio y ojos negros,
vaya una contradicción!
A un tiempo blanca y morena:
fuego y nieve, luna y sol.

Unos cantan por costumbre,
otros por que no los pisen,
yo por que me da la gana
y tú para que te silben,